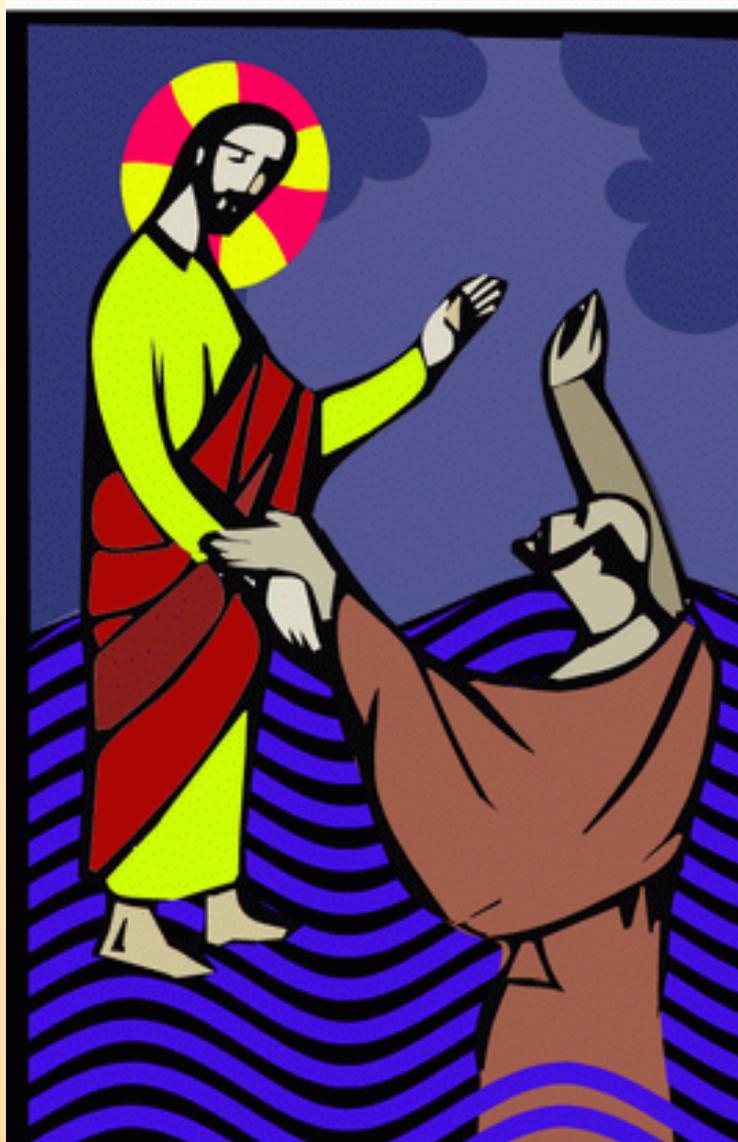


19° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO



La liturgia del Domingo 19° del Tiempo Ordinario desarrolla el asunto de la revelación de Dios. Nos habla de un Dios comprometido en andar de la mano con los hombres por los caminos de la historia.

La primera lectura invita a los creyentes a regresar a los orígenes de su fe y de su compromiso, a realizar una peregrinación al encuentro del Dios de la comunión y de la Alianza; y asegura que el creyente no encontrará a Dios en manifestaciones espectaculares, sino en la humildad, en la sencillez, en la interioridad.

El Evangelio nos presenta una reflexión sobre el caminar histórico de los discípulos, enviados a "la otra orilla" a proponer a los hombres el banquete del Reino. En ese "viaje",

la comunidad del Reino no va sola, a merced de las fuerzas de la muerte: en Jesús, el Dios del amor y de la comunión viene al encuentro de los discípulos, les da la mano, les da la fuerza para superar las adversidades, la desilusión, la hostilidad del mundo. Los discípulos son invitados a reconocerle, a acogerle y a aceptarle como "el Señor".

La segunda lectura sugiere que ese Dios que apuesta por venir al encuentro de los hombres y por revelarles su rostro amoroso y bondadoso, tienen una propuesta de salvación que ofrecer a todos. Nos invita a estar atentos a las manifestaciones de Dios y a no desaprovechar las oportunidades de salvación que él nos ofrece.

PRIMERA LECTURA

Aguarda al Señor en el monte

Lectura del Libro primero de los Reyes

19, 9a. 11 - 13a

En aquellos días,
al llegar Elías al monte de Dios, al Horeb,
se refugió en una gruta.

El Señor le dijo:

— Sal y aguarda al Señor en el monte,
que el Señor va a pasar.

Pasó antes del Señor un viento huracanado,
que agrietaba los montes y rompía los peñascos:
en el viento no estaba el Señor.

Vino después un terremoto,
y en el terremoto no estaba el Señor.

Después vino un fuego,
y en el fuego no estaba el Señor.

Después se escuchó un susurro.

Elías, al oírlo, se cubrió el rostro con el manto
y salió a la entrada de la gruta.

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

Nuestra lectura nos sitúa en el Reino del Norte (Israel), durante el reinado de Acab (873-853 antes de Cristo). En el país se multiplican los lugares sagrados donde se adoran a dioses extranjeros. De acuerdo con 1 Re 16,31-33, el mismo rey, influido por Jezabel, su esposa fenicia, erige altares a Baal y Aserá y ofrece culto a esos dioses. Por detrás de este cuadro está, probablemente, la tentativa de Acab por abrir a Israel a las otras naciones, a fin de facilitar el intercambio cultural y comercial. Pero esas razones políticas no son entendidas ni aceptadas por los círculos religiosos de Israel.

Contra esos desvíos de la fe tradicional, se levanta el profeta Elías. Aparece como el representante de esos israelitas fieles, que rechazan la sustitución de Yahvé por dioses extraños al universo religioso de Israel. En un episodio dramático cuya memoria se conserva en el primer Libro de los Reyes, el mismo Elías desafía a los profetas de Baal a un duelo religioso, que termina con la masacre de cuatrocientos profetas de Baal, en el monte Carmelo (cf. 1 Re 18).

Ese episodio es, ciertamente, una representación teológica de esa lucha sin tregua que se traba entre los fieles a Yahvé y los que abren su corazón a las influencias culturales y religiosas de los otros pueblos.

El texto que se nos propone como primera lectura aparece, precisamente, en la continuación de la masacre del Carmelo. Jezabel, informada de la muerte de los profetas de Baal, promete matar a Elías; y el profeta huye hacia el sur, a fin de salvar la vida. Atraviesa el Reino del Sur (Judá), pasa por Beer-Sheva y se dirige hacia el desierto, en dirección al monte Horeb/Sinaí (cf. 1 Re 19,1-8). Ahí es donde nuestro texto nos sitúa.

1.2. Mensaje

La peregrinación de Elías al Sinaí/Horeb es una especie de regreso a los inicios. Con Elías, es todo Israel, ese Israel fiel a la alianza, el que se dejó seducir por los cananeos, el que regresa a sus orígenes, al lugar de su compromiso inicial con Dios. Israel necesita encontrarse de nuevo con Yahvé y redescubrir su vocación de Pueblo de la Alianza.

La escena descrita por el texto que se nos propone, contiene una clara alusión a la revelación de Dios a Moisés (cf. Ex 19,16-17; 33,18-23; 34,5-8): así como Dios se reveló a Moisés en el Sinaí/Horeb, así también se revela a Elías en el mismo lugar. De esas revelaciones surge, en uno y en otro caso, un compromiso con la Alianza... Después de recibir la revelación de Yahvé, Moisés se convierte en el instrumento a través del cual Dios propone al Pueblo una Alianza; y Elías, después de recibir la revelación de Yahvé, se convierte en el instrumento a través del cual Dios reactiva una Alianza amenazada de ruptura, debido a la infidelidad del Pueblo.

Hay, no obstante, una diferencia significativa. Dios se reveló a Moisés en medio de fenómenos naturales aterradores ("truenos y relámpagos", una "pesada nube", el "humo" que

envolvía toda la montaña, el "fuego", el terremoto que hacía temblar a la montaña, Ex 19,16-17). A Elías, Dios no se le reveló con los elementos típicos de las manifestaciones teofánicas (el viento fuerte que "agrietaba los montes y rompía los peñascos", el terremoto, el fuego), sino que se reveló en el "susurro" de una brisa ligera. Ante la manifestación de Dios, Elías cumplió el ritual adecuado: "se cubrió el rostro con el manto", ya que el hombre no puede contemplar cara a cara el misterio de Dios.

La intención de los autores deuteronomistas no parece ser la de polemizar contra la catequesis tradicional de las manifestaciones de Dios. Parece ser, más bien, distanciar a Yahvé de Baal, considerado en la mitología cananea el dios del trueno y de la tempestad, que hacía temblar la tierra con su voz poderosa. La intención fundamental del autor será mostrar que Yahvé no se manifiesta en fenómenos asombrosos y espectaculares, sino más bien en la intimidad, en la tranquilidad, en el silencio que resuena en el corazón de quien busca la comunión con Dios.

El encuentro con ese Dios que se manifiesta en el silencio, en la intimidad, en la sencillez, en la humildad, en la interioridad del corazón del hombre, lleva a la acción (en un desarrollo que el texto que hoy se nos propone en la liturgia no presenta, Yahvé confía a Elías una misión profética, cf. 1 Re 19,15-18): el encuentro con Dios lleva siempre al hombre a un compromiso concreto y a actuar en el mundo.

Con Elías, Israel es invitado a volver a sus inicios, a redescubrir sus raíces de Pueblo de Dios, a reencontrar el rostro de Yahvé (que es muy diferente de los rostros de esos dioses que, todos los días, seducen al Pueblo y le apartan de sus compromisos), a renovar su Alianza con él, a escuchar la voz de Dios que resuena en el corazón de cada miembro de la comunidad, a comprometerse en dar testimonio de Dios y de sus proyectos en medio del mundo.

1.3. Actualización

La reflexión puede tener en cuenta los siguientes datos:

- ✚ ¿Quién es Dios? ¿Cómo es Dios? ¿Es posible probar, sin margen de dudas, la existencia de Dios? estas y otras preguntas las hemos hecho, ciertamente, a nosotros mismos o a otra persona.

Todos nosotros somos personas a quienes inquieta Dios: hay "algo" en el corazón del hombre que le proyecta hacia lo trascendente, que le lleva a preguntarse sobre Dios y a intentar descubrir su rostro.

Sin embargo, Dios no es evidente. Si confiamos únicamente en nuestros sentidos, Dios no existe: no conseguimos verle con nuestros ojos, sentir su olor o tocarle con nuestras manos. Más aún, ningún instrumento científico, ningún microscopio electrónico, ningún radar espacial ha detectado nunca alguna señal sensible de Dios. Tal vez por eso el soviético Yuri Gagarin, el primer hombre del espacio, nada más poner los pies en tierra se apresuró a afirmar que no había encontrado en la estratosfera ninguna señal de Dios.

El texto que se nos propone invita a todos aquellos que están interesados en Dios, a descubrirlo en el silencio, en la sencillez, en la intimidad. Es necesario

hacer callar el ruido excesivo, moderar la actividad desenfrenada, encontrar tiempo y disponibilidad para consultar el corazón, para interrogar a la Palabra de Dios, para percibir su presencia y sus indicaciones en los signos (casi siempre discretos) que él deja en nuestra historia y en la vida del mundo.

¿Tengo conciencia de que necesito encontrar tiempo para "buscar a Dios"?

¿De acuerdo con mi experiencia de búsqueda, dónde lo encuentro más fácilmente: en la agitación y en los gestos espectaculares, o en el silencio, en la humildad y en la sencillez?

- ✚ Hoy como ayer, hay otros dioses, otras propuestas de felicidad, que quieren seducirnos y atraernos.

Hay dioses que gritan alto (¿en todos los canales de televisión?) su capacidad de ofrecernos una felicidad inmediata; hay dioses que, como un terremoto, hacen temblar nuestras convicciones y tiran por tierra los valores que consideramos más sagrados; hay dioses que, con la fuerza de la tempestad, nos arrastran hacia actitudes egoístas, prepotentes, injustas, cómodas.

Nuestro texto nos invita a peregrinar al encuentro de nuestras raíces, de nuestros compromisos bautismales.

¿Encuentro tiempo para redescubrir al Dios de la Alianza con quien me comprometí el día de mi bautismo?

¿Cuáles son los falsos dioses que, a veces, me apartan de la comunión con el verdadero Dios?

- ✚ En la historia de Elías (y en la de cualquier profeta), el descubrimiento de Dios le lleva al compromiso, a la acción, al testimonio.

Después de encontrar al Dios de la Alianza, ¿acepto comprometerme con él?

¿Estoy dispuesto a cumplir la misión que él me confía en el mundo?

¿Estoy disponible para dar testimonio de él entre mis hermanos?

Salmo responsorial

Salmo 84, 9ab - 10.11 - 12.13 - 14

**V/. Muéstranos, Señor, tu misericordia
y danos tu salvación.**

**R/. Muéstranos, Señor, tu misericordia
y danos tu salvación.**

V/. Voy a escuchar lo que dice el Señor.

Dios anuncia la paz.

La salvación está ya cerca de sus fieles
y la gloria habitará en nuestra tierra.

**R/. Muéstranos, Señor, tu misericordia
y danos tu salvación.**

V/. La misericordia y la fidelidad se encuentran,

la justicia y la paz se besan;

la fidelidad brota de la tierra

y la justicia mira desde el cielo.

**R/. Muéstranos, Señor, tu misericordia
y danos tu salvación.**

V/. El Señor nos dará la lluvia

y nuestra tierra dará su fruto.

La justicia marchará ante él,

la salvación seguirá sus pasos.

**R/. Muéstranos, Señor, tu misericordia
y danos tu salvación.**

SEGUNDA LECTURA

Quisiera ser un proscrito por el bien de mis hermanos

**Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Romanos
9, 1 - 5**

Hermanos:

Como cristiano que soy,

voy a ser sincero;

mi conciencia, iluminada por el Espíritu Santo,
me asegura que no miento.

Siento una gran pena y un dolor incesante,

pues por el bien de mis hermanos,

los de mi raza y sangre,

quisiera incluso ser un proscrito lejos de Cristo.

Ellos descienden de Israel,

fueron adoptados como hijos,

tienen la presencia de Dios,

la alianza, la ley, el culto y las promesas.

Suyos son los patriarcas,

de quienes, según lo humano, nació el Mesías,

el que está por encima de todo:

Dios bendito por los siglos.

Amén.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

Después de presentar, en los primeros ocho capítulos de la Carta a los Romanos una catequesis sobre la salvación (a pesar del pecado que humilla a todos los hombre y estropea el mundo, Dios, en su bondad, ofrece gratuitamente a todos los hombres, a través de Jesucristo, la salvación), Pablo va a referirse, ahora, a un problema particular, pero que le preocupa a él y a todos los cristianos: ¿qué le sucederá a Israel que, a pesar de ser el Pueblo elegido de Dios y el Pueblo de la Promesa, rechazó la salvación que Cristo vino a ofrecer? ¿Israel quedará, debido a su rechazo, definitivamente al margen de la salvación? En verdad, Dios juró a su Pueblo, en varios momentos de la historia, liberarlo y salvarlo; ahora, si Israel queda excluido de la salvación, ¿podemos decir que Dios falló? ¿Podemos continuar confiando en su Palabra?

Es a estas cuestiones a las que, genéricamente, Pablo intenta responder en los capítulos 9-11 de la Carta a los Romanos. El texto que se nos presenta como segunda lectura de este Domingo es la introducción a esta cuestión.

2.2. Mensaje

Por el texto sobrevuela la gran tristeza y dolor que la cuestión provoca en el corazón de Pablo. El problema de la salvación de Israel le incomoda tanto que hasta aceptaría ser tomado por "anatema" (en el Antiguo Testamento, el que era "anatema" debía ser excluido totalmente; en el Nuevo Testamento, "anatema" equivale a "maldito" e implicaba, ya la exclusión de la comunidad del Pueblo de Dios, ya la maldición divina) y ser separado de Cristo, si eso sirviese para que el Pueblo judía aceptase la salvación que Dios le ofrece. ¿Se trata de expresiones que deben ser tomadas en serio? Digamos, únicamente, que son afirmaciones excesivas, pero que dan bien la idea del sufrimiento de Pablo y de su preocupación por la suerte de su Pueblo.

En verdad, Israel fue adoptado por Dios, es el Pueblo de la Alianza, de la Ley, del culto, de las Promesas, de los antepasados que escucharon a Dios y vivieron en comunión con él. Israel es, además, el Pueblo en el cual nació Cristo; ¿ahora bien, ese Cristo que "está sobre todas las cosas" dejará que su Pueblo "según la carne" sea entregado a la muerte?

La lectura que se nos propone no va más allá; pero, en su conjunto ofrece una reflexión sobre esta cuestión (cf. Rom 9,1-11,36), Pablo mostrará que Dios es eternamente fiel a sus promesas y que nunca falla. Él tiene sus planes; y la desobediencia actual de Israel deberá formar parte de los planes de Dios. Pablo acabará, al final de la sección, manifestando su convicción de que la misericordia de Dios se derramará, también, sobre Israel.

2.3. Actualización

En la reflexión, tened en cuenta los siguientes aspectos:

- ✚ Una de las cosas que impresionan, en este texto, es la forma como Pablo siente la infidelidad de su Pueblo. La obstinación de Israel en rechazar la salvación le hace sentir "una gran tristeza y un dolor continuo" en el corazón.
Todos nosotros conocemos a hermanos, también bautizados, que rechazan la salvación que Dios ofrece o que, por lo menos, viven en una absoluta indiferencia hacia la vida plena que Dios les quiere dar.
¿Cómo nos sentimos ante ellos? ¿Permanecemos indiferentes y pensamos que no va nada con nosotros?
¿Nos dejamos contaminar por esa indiferencia y elegimos, como ellos, caminos de egoísmo y de autosuficiencia?
¿O sentimos que es responsabilidad nuestra continuar dando testimonio ante ellos de los valores en los que creemos y que conducen a la vida plena y verdadera?
- ✚ Este texto nos propone, también una reflexión sobre las oportunidades perdidas. Israel, a pesar de todas las manifestaciones de bondad y de amor de Dios que conoció a lo largo de su caminar por la historia, acabó por instalarse en una autosuficiencia que no le permitió acompañar el ritmo de Dios, ni descubrir los nuevos retos que el proyecto de salvación de Dios le proponía, en cada momento.
El ejemplo de Israel nos hace pensar en nuestro compromiso con Dios. En primer lugar, nos muestra la importancia de no instalarnos en un esquema de vivencia mediocre de la fe y nos sugiere que el "sí" a Dios del día de nuestro bautismo, ha de ser renovado cada día de nuestra vida. En segundo lugar, sugiere que el cristiano no puede instalarse en sus certezas y autosuficiencias, sino que tiene que estar atento a los desafíos, siempre nuevos, de Dios. En tercer lugar, sugiere que el tener el nombre inscrito en un libro de registros de nuestra parroquia, no es un certificado de garantía de salvación, la salvación pasa, siempre, por la adhesión renovada cada día a los dones de Dios.

Aleluya

Cf. Sal 129,5

Espero en el Señor,
espero en su palabra

EVANGELIO

Mándame ir hacia ti andando sobre el agua

† Lectura del santo Evangelio según San Mateo

14, 22 - 33

Después que se sació la gente,

Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca

y se le adelantaran a la otra orilla mientras él despedía a la gente.

Y después de despedir a la gente subió al monte a solas para orar.

Llegada la noche estaba allí solo.

Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra,

sacudida por las olas, porque el viento era contrario.

De madrugada se les acercó Jesús andando sobre el agua.

Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma.

Jesús les dijo en seguida:

— ¡Animo, soy yo, no tengáis miedo!

Pedro le contestó:

— Señor, si eres tú, mándame ir hacia tí andando sobre el agua.

El le dijo:

— Ven.

Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua acercándose a Jesús;

pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó:

— Señor, sálvame.

En seguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo:

— ¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?

En cuanto subieron a la barca amainó el viento.

Los de la barca se postraron ante él diciendo:

— Realmente eres Hijo de Dios

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

El pasado Domingo Jesús nos fue presentado como el nuevo Moisés, que condujo "al desierto" a un pueblo de corazón esclavo. Ahí, lo liberó de la opresión del egoísmo, al mostrarle que los bienes son un don de Dios, destinados para compartirlos con todos los hombres. Nace, así, la comunidad del Reino, esto es, esa comunidad fraterna de amor y de compartir, que se sienta a la mesa de Dios y que de él recibe la vida en abundancia (cf. Mt 14,13-21).

El texto del Evangelio que hoy se nos ofrece viene a continuación de ese episodio. Mateo comienza observando que, después de esos sucesos, *"Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla mientras él despedía a la gente"* (Mt 14,22). Esta nota puede indicar que Jesús quiso enfriar el entusiasmo excesivo de los discípulos (el autor del cuarto Evangelio, a propósito del mismo episodio, refiere que Jesús se retiró solo al monte, pues sabía que "querían cogerlo para hacerle rey" (Jn 6,15).

El episodio nos sitúa en la zona del lago de Tiberíades o de Genesaret, ese lago de agua dulce con 21 kilómetros de longitud y 12 de anchura situado en Galilea y que es la gran reserva de agua dulce de Palestina.

Para los judíos, el mar, y el lago de Tiberíades o de Genesaret es considerado, a todos los efectos, un "mar", era el lugar donde habitaban los monstruos, los demonios y todas las fuerzas que se oponían a la vida y a la felicidad del hombre. En la perspectiva teológica judía, en el mar el hombre estaba a merced de las fuerzas demoníacas; y sólo el poder de Dios podía salvarlo.

Recordemos, además, que nuestro texto está incluido en una sección (cf. Mt 13,1-17,27) del Evangelio según san Mateo a la que podríamos llamar "instrucción sobre el Reino". Ahí, Mateo pone a Jesús dirigiéndose sobre todo a los discípulos e instruyéndolos sobre los valores y los misterios del Reino. En este contexto de la catequesis sobre el Reino es como debemos situar el episodio que hoy se nos presenta.

Recordemos, finalmente, que el Evangelio según Mateo, escrito durante la década de los 80, va dirigido a una comunidad cristiana que ya olvidó su entusiasmo inicial por Jesús y por su Evangelio y que vive una fe cómoda, instalada, poco exigente. Se avecinaban grandes contrariedades y persecuciones para los creyentes. La comunidad sólo podrá subsistir si confía en Jesús, en su presencia, en su protección.

3.2. Mensaje

"Después de despedir a la gente" y de obligar a los discípulos a embarcar hacia la otra orilla, Jesús *"subió al monte a solas para orar"*. Mateo sólo se refiere a la oración de Jesús en dos ocasiones: aquí y en el episodio de Getsemaní (cf. Mt 26,36): en ambos casos, la oración precede a un momento de prueba para los discípulos.

Mientras Jesús está en diálogo con el Padre, los discípulos están solos, de viaje por el largo. Ese viaje, sin embargo, no es ni fácil, ni sereno. Es de noche; la barca es

azotada por las olas y navega con dificultad, con viento en contra. Los discípulos están inquietos y preocupados, pues Jesús no está con ellos.

La escena se refiere, ciertamente, a la situación de la comunidad a la que Mateo destina su Evangelio (y que no será muy diferente de la situación de cualquier comunidad cristiana, en cualquier tiempo y lugar).

La "noche" representa a las tinieblas, a la oscuridad, a la confusión, a la inseguridad en la que tantas veces "navegan" a través de la historia los discípulos de Jesús, sin saber exactamente qué caminos recorrer ni hacia donde ir.

La "olas" que azotan el barco, representan la hostilidad del mundo, que bate continuamente contra el barco en el que viajan los discípulos.

Los "vientos contrarios" representan la oposición, la resistencia del mundo al proyecto de Jesús, ese proyecto del que los discípulos dan testimonio. Cuántas veces, en su viaje por la historia, los discípulos de Jesús se sienten perdidos, solos, abandonados, desanimados, desilusionados, incapaces de enfrentarse a las tempestades que las fuerzas de la muerte y de la opresión lanzan contra ellos.

Es ahí, precisamente, donde Jesús manifiesta su presencia. Él va al encuentro de los discípulos "caminando sobre el mar" (v. 26).

Sin embargo en la catequesis judía, sólo Dios "camina sobre el mar" (Job 9,8b; 38,16; Sal 77,20); sólo él hace "temblar a las aguas y agitarse a los abismos" (Sal 77,17); sólo él calma las olas y las tempestades (cf. Sal 107,25-30).

Jesús es, por tanto, el Dios que vela por su Pueblo y que no deja que las fuerzas de la muerte (el "mar") lo destruyan.

La expresión "soy yo" reproduce la fórmula de identificación con que Dios se presenta a los hombres del Antiguo Testamento (cf. Ex 3,14; Is 43,3.10-11); y la exhortación "¡Animo... no tengáis miedo!", transmite a los discípulos la certeza de que nada tienen que temer porque Jesús, el Dios que vence a las fuerzas de la muerte y de la opresión, acompaña al paso su caminar por la historia y les da la fuerza para vencer la adversidad, la soledad y la hostilidad del mundo.

Después, Mateo narra una escena exclusiva, que no aparece en ninguno de los demás evangelistas: el diálogo entre Pedro y Jesús (vv. 28-33).

Todo comienza con la petición de Pedro: "*Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua*". Pedro sale del barco y va, de hecho, al encuentro de Jesús; pero, asustándose por la violencia del viento, comienza a hundirse y le pide a Jesús que lo salve. Así sucede, aunque Jesús censure su poca fe y sus dudas.

Pedro es, aquí, el portavoz y el representante de esa comunidad de los discípulos que va en el barco (la Iglesia).

El episodio refleja la fragilidad de la fe de los discípulos, siempre que tienen que enfrentarse a las fuerzas de la opresión, del egoísmo, de la injusticia. Jesús comunicó a los suyos el poder de vencer a todos los poderes de este mundo que se oponen a la vida, a la libertad, a la realización, a la felicidad de los hombres. Sin embargo, en cuanto se enfrentan a las olas del mundo hostil y los vientos sopladados por

las fuerzas de la muerte, los discípulos se debaten entre la confianza en Jesús y el miedo.

Mateo se refiere, de esta forma, a la experiencia de muchos discípulos (de su comunidad y de las comunidades cristianas de todos los tiempos y lugares) que siguen a Jesús de forma decidida, pero que se dejan sacudir cuando llegan las persecuciones, los sufrimientos, las dificultades. Entonces, comienzan a hundirse y a ser tragados por el "mar" de la muerte, de la frustración, del desánimo, de la desilusión. Sin embargo Jesús está allí para extender su mano y sostenerles.

Finalmente, la desconfianza de los discípulos se transforma en fe firme: "*Realmente eres Hijo de Dios*" (v. 33). Es hacia aquí hacia donde converge todo el relato. Esta confesión refleja la fe de los verdaderos discípulos, que ven en Jesús al Dios que vence al "mar", el Señor de la vida y de la historia que acompaña el caminar de los suyos, que les fortalece para vencer a las fuerzas de la opresión y de la muerte, que les extiende la mano cuando están desanimados y con miedo y que no les deja hundirse.

¿Cuándo los discípulos descubrieron que Jesús era el Dios vencedor del pecado y de la muerte? Naturalmente, después de la Pascua, cuando percibieron plenamente el misterio de Jesús (vieron que él no era "un fantasma"), sintieron su presencia en medio de la comunidad reunida, experimentaron su ayuda en los momentos difíciles del caminar, sintieron que él les transmitía la fuerza para afrontar las adversidades y la hostilidad del mundo, sintieron que él estaba allí, dándoles la mano, en los momentos de flaqueza, de dificultad, de falta de fe.

Esta misma experiencia es la que Mateo nos invita a realizar también a nosotros.

3.3. Actualización

La reflexión puede partir de los siguientes elementos:

- ✚ El Evangelio de este Domingo es, antes de nada, una catequesis sobre el caminar histórico de la comunidad de Jesús, enviada a "la otra orilla", a invitar a todos los hombres al banquete del Reino y a ofrecerles el alimento con el que Dios mata el hambre de vida y de felicidad de sus hijos.
 - ¿Estamos dispuestos a embarcarnos en esta aventura de proponer a todos los hombres el banquete del Reino?
 - ¿Somos conscientes de que nos ha sido confiada la misión de saciar el hambre del mundo?
 - ¿Aquellos que son dejados al margen de esa mesa donde se juegan los intereses y los destinos del mundo, aquellos que tienen hambre y sed de vida, de amor, de esperanza, encuentran en nosotros una propuesta creíble y coherente que apunta hacia una realidad de plenitud, de realización, de vida plena?

- ✚ El caminar por la historia de los discípulos y su testimonio del banquete del Reino, no es un camino fácil, realizado entre aclamaciones y de aplausos unánimes de los hombres.

La comunidad, "la barca", de los discípulos tiene que abrirse camino a través de un mar de dificultades, continuamente batido por la hostilidad de los adversarios del Reino y por el rechazo del mundo para acoger los proyectos de Jesús.

Todos los días el mundo nos muestra, con una sonrisa irónica, que los valores en los que creemos y que intentamos testimoniar están pasados de moda.

Todos los días el mundo insiste en probarnos, a veces con agresividad, otras veces con conmiseración, que sólo seremos competitivos y tendremos éxito cuando utilicemos las armas de la arrogancia, del poder, del orgullo, de la prepotencia, de la ganancia.

¿Cómo nos situamos ante esto?

Es posible llevar adelante nuestro papel en el mundo con rigor y competencia, sin perder nuestras referencias cristianas y sin traicionar al Reino?

- ✚ Para que sea posible vivir de forma coherente y valiente en la dinámica del Reino, los discípulos tienen que ser conscientes de la presencia de Jesús, (el Señor de la vida y de la historia), que las fuerzas del mal nunca conseguirán vencer ni domesticar.

Él dice a los discípulos, tantas veces desanimados y asustados frente a las dificultades y las persecuciones: *"¡Animo, soy yo, no tengáis miedo!"*. Los discípulos saben así, que no hay ninguna razón para dejarse hundir en la desesperación y en la desilusión.

Así mismo cuando su fe vacila, ellos saben que la mano de Jesús está allí, extendida, para que ellos no se hundan por las fuerzas del egoísmo, de la injusticia y de la muerte.

Nada ni nadie podrá robar la vida a aquellos que luchan en la instauración del Reino. Jesús, vivo y resucitado, no dejará nunca que seamos vencidos.

- ✚ La oración de Jesús (que en Mateo antecede a los momentos de prueba), nos invita a mantener un diálogo íntimo con el Padre. Es en ese diálogo donde los discípulos adquirirán el discernimiento para descubrir los caminos a seguir.

SUGERENCIAS PRÁCTICAS

9º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

1. La liturgia meditada a lo largo de la semana.

A lo largo de los días de la semana anterior al 19º Domingo del tiempo Ordinario, intentad meditar la Palabra de Dios de este domingo. Meditadla personalmente, una lectura cada día, por ejemplo. Elegid un día de la semana para la meditación comunitaria de la Palabra: en un grupo parroquial, en un grupo de padres, en un grupo de un movimiento eclesial, en una comunidad religiosa.

2. El misterio del silencio.

Durante este período estival, son numerosos aquellos, pequeños y grandes, que dejan el lugar donde viven habitualmente en busca de silencio y calma. Uniendo esto a la primera lectura, se puede llamar la atención sobre el misterio de este silencio. En el silencio, el cristiano aprende a recogerse para abrirse a la presencia de Dios. Es la ocasión para verificar si el ritmo que anima la celebración de la misa es un ritmo en el que se alternan de manera armoniosa el silencio, la palabra, la música y el canto.

3. La profesión de fe.

El texto evangélico culmina con la confesión de fe de aquellos que están en el barco, esto es, la comunidad eclesial: "Realmente eres Hijo de Dios". Hoy podría revalorizarse la profesión de fe, con una breve introducción o eligiendo otra fórmula de profesión de fe prevista en el misal (símbolo de los apóstoles, credo bautismal...).

4. Oración en la lectio divina.

En la meditación de la Palabra de Dios, se puede alargar la acogida de las lecturas con oración.

Al final de la primera lectura: *Bendito seas, Dios todopoderoso y maestro del universo, porque nos invitas a reconocerte en el silencio, como un soplo de vida, que renueva la faz de la tierra. Te bendecimos, porque nos hablas al corazón. Te pedimos por los predicadores y por los catequistas, llamados a dar a conocer tu rostro y a preparar los encuentros contigo. Guíalos.*

Al final de la segunda lectura: *Te damos gracias, Padre de los hombres. Preparaste largamente la venida de tu Hijo adoptando un pueblo. Por él diste a los hombres la Ley de la vida, manifestaste tus promesas y enseñaste a rezar. Bendito seas. Con el apóstol Pablo, te pedimos por tu primer pueblo, en el cual tu Hijo adquirió rostro de hombre y por todos los pueblos de la tierra.*

Al final del Evangelio: *Cristo Jesús, cuando somos amenazados por las tempestades de nuestra tierra y la barca de tu Iglesia es sacudida por las olas, te bendecimos, por tu resurrección: verdaderamente, ¡Tú eres el Hijo de Dios! Con Pedro, te suplicamos: ¡Sálvanos! Danos tu Espíritu de confianza, para que vayamos contigo por los caminos de la vida.*

4. Plegaria Eucarística.

Podría optarse por la Plegaria Eucarística II para la Reconciliación.

5. Palabra para el camino.

Cerrar los ojos y escuchar.

En la invasión sonora que nos envuelve, y a veces nos arremete, ¿escuchamos la voz de nuestro Dios? ¿Por qué no?

Mientras tanto, arriesguémonos, de vez en cuando, a estar en silencio y en soledad.

Es ahí, con Jesús, como podremos oír la voz de nuestro Padre.